

Laurence Rees

Hitler

Y

STALIN

Dos dictadores y la segunda guerra mundial

CRÍTICA

LAURENCE REES

HITLER Y STALIN

Dos dictadores
y la segunda guerra mundial

Traducción castellana de Gonzalo García

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2022

Hitler y Stalin. Dos dictadores y la segunda guerra mundial
Laurence Rees

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Hitler and Stalin. The Tyrants and the Second World War*

© LR History Limited, 2020

© de la traducción, Gonzalo García, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-390-2
Depósito legal: B. 1.935-2022
2022. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.



Índice

Índice de mapas	7
Lista de ilustraciones.	9
Prefacio.	13
Introducción.	17
1. El pacto	39
2. La destrucción de Polonia	63
3. Suertes opuestas.	91
4. Sueños y pesadillas.	123
5. Hitler y su guerra de aniquilación	143
6. Invasión	161
7. Días de desesperación	189
8. Una guerra mundial.	211
9. Hambre	239
10. El exceso de confianza de Stalin.	261
11. A través de la estepa.	285
12. Batalla en el Volga	309
13. Seguir luchando.	335
14. Ficción y realidad.	367
15. Masacres	391
16. El hundimiento del centro.	413
17. Ocaso inexorable	443
18. Victoria y derrota.	477

Epílogo.....	495
Agradecimientos.....	503
Notas.....	505
Índice alfabético.....	567

1

El pacto

En agosto de 1939, Hitler y Stalin —enemigos acérrimos en cuanto a la ideología— hicieron algo verdaderamente extraordinario: llegaron a un acuerdo de amistad. Para muchos de sus respectivos partidarios, aquel pacto parecía ir en contra de toda lógica.

«No conseguíamos entenderlo —dijo Karl-Hermann Müller, que en aquel momento era un joven enrolado en la Marina—. Por un lado, se combatía el comunismo, o eso esperábamos que ocurriera; y por otro lado se alcanzaba un pacto con los comunistas [...] No había quien lo entendiera.»¹

Es fácil comprender el porqué del desconcierto de Karl-Hermann, y como él, de millones de personas. Hitler llevaba muchos años clamando contra la Unión Soviética. En 1924 ya había escrito en *Mein Kampf*: «Los gobernantes de la Rusia actual son delincuentes comunes, con las manos manchadas de sangre», son «la escoria de la humanidad», dirigentes que «se han abatido sobre un gran Estado en un momento trágico, han masacrado y exterminado a miles de sus grandes intelectuales, con un afán sanguinario desmedido» y, después de conseguir el poder, han instaurado «el régimen más cruel y tiránico de todos los tiempos».²

Hitler, dado que concebía el mundo casi por completo a partir de la raza, creía que lo esencial, a la hora de entender la actuación de los bolcheviques, era precisamente ese factor racial: «Estos gobernantes pertenecen a una raza que combina, en una rara mezcla, una crueldad bestial y un inconcebible don para la mentira, una raza que, hoy más que nunca, emprende la misión consciente de imponer su sangrienta opresión al mundo entero».³

Por si esto no fuera suficiente, en *Mein Kampf* Hitler indicó también la razón última —y para él, devastadora— del gravísimo peligro que la Unión Soviética suponía. «No se olvide» que «el judío internacional»* «domina por completo Rusia» y «considera a Alemania no como un aliado, sino como un país destinado» a sufrir la misma suerte que la Rusia imperial había padecido a manos de los comunistas. En realidad —seguía diciendo Hitler—, controlar la Unión Soviética tan solo representaba un primer paso para los judíos: «En el bolchevismo ruso debemos ver la voluntad de los judíos, en el presente siglo, de hacerse con el dominio mundial». ⁴ Así, en lo que atañía a Hitler, todo acuerdo político con la Unión Soviética era simplemente inconcebible. En *Mein Kampf* dijo explícitamente: «No se pacta con nadie cuyo único interés reside en destruir al socio». ⁵

Las teorías irracionales de Hitler sobre la Unión Soviética fueron aceptadas por los partidarios del líder alemán no solo por antisemitismo —ya fuera este explícito o solo latente—, sino también a consecuencia de la derrota del país en la primera guerra mundial. Para poder lidiar con la humillación resultante fue habitual, en particular entre los partidos nacionalistas de la derecha, buscar chivos expiatorios. Así, culparon a «los judíos» de haber conspirado desde la retaguardia para provocar la derrota de Alemania, y a los «demócratas» judíos por haber negociado los odiosos tratados de paz de la posguerra; ante todo, el Tratado de Versalles, a su juicio infame. Igualmente, cuando estallaron intentos revolucionarios en Múnich y Berlín, en 1919, sostuvieron que los judíos pretendían apoderarse de Alemania, no en vano ya estaban detrás del bolchevismo.

En defensa de sus aportaciones se remitían a una selección interesada de los hechos. ¿Acaso la revolución múniquesa, que en 1919 había llegado a instaurar una breve república «soviética» en Baviera, no contaba con varios judíos entre sus líderes? ¿Acaso en las conversaciones sobre el tratado de Versalles no habían participado políticos judíos como Otto Landsberg? ¿Acaso no era judío una figura tan destacada del bolchevismo como León Trotski? ¿Acaso el propio Marx, sin ir más lejos, no había nacido en una familia judía?

* «El judío», en singular, expresión que ya ha aparecido en un par de ocasiones en este libro y aparecerá repetidamente, suena extraño en castellano, pero era una elección retórica característica del lenguaje de los nazis, que se aplicó también a «el eslavo», «el ruso» e incluso «el francés», «el inglés». (*N. del t.*)

Sin embargo, como todas las afirmaciones prejuiciadas, los argumentos con los que se pretendía respaldar aquellos puntos de vista no resisten al examen. Sí, cierta cantidad de judíos participaron en la revolución de Múnich; pero la inmensa mayoría de los judíos alemanes vivían respetando las leyes y aborrecían la insurrección violenta. Sí, Otto Landsberg había estado en las negociaciones del tratado de Versalles; pero le pareció tan inaceptable que presentó la dimisión. Sí, León Trotski era hijo de judíos; pero muchos otros líderes del bolchevismo —por nombrar solo dos: Stalin y Mólotov— no lo eran. Y por último, aunque la ascendencia de Marx era judía, él nunca practicó la religión, y de hecho su padre se había convertido al cristianismo.

Para Hitler, todos estos detalles carecían de importancia. A lo largo de toda su carrera política nunca le frenó que los hechos le contradijeran; el odio ciego a la Unión Soviética le ayudaba a dar un sentido al mundo. En materia de política exterior resulta difícil pensar en ninguna creencia que, en 1924, pudiera defender con más pasión que la animadversión al «bolchevismo» ruso. El vasto prejuicio de Hitler contra los soviéticos reunía en un solo punto todas las claves de su pensamiento ideológico: el racismo, el antisemitismo y el temor a que la «pureza de sangre» de los alemanes fuera corrompida por un pueblo que intentaba destruir a sus enemigos con «patrañas y calumnias, ponzoña y corrupción».⁶

Hitler también admitió abiertamente que deseaba que Alemania se apoderase de territorios controlados por la Unión Soviética. En *Mein Kampf* escribió que había decidido «detener el incesante movimiento de los alemanes hacia el sur y el oeste, y dirigir nuestra mirada hacia las tierras orientales».⁷ De forma explícita, afirmó que esa «mirada» estaba puesta en territorios de «Rusia y sus Estados vasallos fronterizos». Habría sido difícil ser más explícito. Pretendía crear un nuevo Imperio Alemán al este de su país, es decir, al oeste de la Unión Soviética; y la idea no se defendía en reuniones secretas, donde conspirase con sus colaboradores de más confianza, sino en un libro público y accesible para todo el mundo.

En nuestros días, el mito popular suele considerar que la voluntad de apropiarse de tierras de la Unión Soviética es uno de los primeros ejemplos de la megalomanía de Hitler. ¿No es un ejemplo evidente de desequilibrio —se razona, típicamente— pretender la conquista de Rusia? El mariscal de campo Montgomery ya había dicho que la «primera regla» de la guerra era: «No marches contra Moscú».⁸ Pero en la época de Hitler, las cosas no se veían igual.

Hitler era consciente —como escribió en *Mein Kampf* en 1924— de que tan solo seis años antes los bolcheviques, precisamente a instancias de los alemanes, habían cedido una gran extensión territorial y un tercio de la población de la Rusia prerrevolucionaria. En efecto, por el tratado de Brest-Litovsk, suscrito a principios de 1918, los bolcheviques renunciaron a los Estados bálticos, Ucrania y muchas otras zonas. En esa fecha, por lo tanto, los alemanes descubrieron que invadir «Rusia» podía representar una empresa sumamente provechosa.

Lenin accedió a este tratado humillante porque necesitaba salir de la primera guerra mundial. Fue el precio exigido para poder centrarse en consolidar la revolución en su país. En marzo de 1918 escribió que, aunque Brest-Litovsk podía considerarse como una «paz obscena», la realidad era que si los bolcheviques no encontraban el modo de huir de la guerra, esta «acabará con nuestro gobierno».⁹ Más adelante comparó el tratado de paz con un acuerdo negociado con criminales. «Imagina que unos bandidos armados te detienen cuando vas en coche —escribió—. Les das el dinero, los documentos de identidad, el revólver y hasta el coche y, a cambio, te excusan de su agradable compañía [...] El arreglo al que llegamos con los bandidos del imperialismo alemán fue un arreglo de esta clase.»¹⁰

Los alemanes habían quedado escasamente impresionados por el calibre de los representantes bolcheviques en aquella negociación. «Nunca olvidaré nuestra primera cena con los rusos —escribió el general de división Max Hoffmann, integrante de la delegación alemana—. Tenía frente a mí a un obrero, evidentemente confundido por la variedad de instrumentos que le aguardaban en la mesa. Primero intentó coger la comida con un cubierto, luego con otro...» A Hoffmann tampoco le pasó por alto que un enviado bolchevique, cuando se le preguntó si prefería «un burdeos o un riesling», pidió que le sirvieran «lo que fuera más fuerte».¹¹

El tratado de Brest-Litovsk no sobrevivió mucho tiempo, pues quedó invalidado por la derrota de Alemania, en noviembre de 1918; pero cuando Hitler redactó *Mein Kampf*, el recuerdo del pacto original seguía muy vivo.¹² En aquellas fechas, por lo tanto, no cabe considerar irrazonable el haber supuesto que algún día podía obligarse a los bolcheviques a aceptar un acuerdo que ya se les había impuesto pocos años antes, a principios de 1918. ¿Acaso los bolcheviques no habían demostrado ya su debilidad (o hasta su cobardía, desde la perspectiva de los nazis)?

Se puede acusar a Hitler de muchas cosas, pero no de inconsistencia en su visión ideológica. En 1936, por ejemplo, en uno de los escasos memorandos que dedicó a cuestiones generales de política, reiteró su obsesión con el peligro del «bolchevismo»: «Desde el estallido de la Revolución Francesa, el mundo —escribió, en un tono prácticamente apocalíptico— se ha estado dirigiendo a una velocidad creciente hacia un nuevo conflicto, cuya solución más extrema es el “bolchevismo”. Sin embargo, la esencia y objetivo de este no es más que eliminar aquellos estratos de la humanidad de donde hasta hoy han surgido los líderes, para colocar en su lugar a la judería universal. Ningún Estado será capaz de retirarse de este conflicto histórico, o siquiera de mantenerse neutral. Desde que el marxismo, gracias a su triunfo en Rusia, utiliza uno de los principales imperios del mundo como base avanzada de sus operaciones futuras, esta cuestión se ha convertido en una amenaza».¹³

Por si acaso alguien tenía dudas al respecto de cuál era el sentido exacto de estas palabras de Hitler, Herman Göring explicitó su significado en una reunión ministerial de septiembre de 1936, donde declaró que el memorando del Führer partía «de la premisa básica de que será imposible evitar el enfrentamiento con Rusia».¹⁴ Y aunque en sus discursos, Hitler dejó de reconocer en público que pretendía apoderarse de las tierras situadas al este de Alemania, sí hizo hincapié repetido en el inmenso peligro que suponía la existencia de la Unión Soviética. En un discurso pronunciado en Núremberg en septiembre de 1937 describió en tono épico la batalla contra el bolchevismo. Como nunca se arredraba ante las hipérbolos, la calificó como «un acontecimiento colosal en la historia del mundo», pues la amenaza bolchevique era «el peligro más grave que ha amenazado a la cultura y la civilización de la raza humana desde el hundimiento de los Estados de la Antigüedad».

Hitler hizo énfasis en que el conflicto con el bolchevismo afectaba en todas las esferas. Todo estaba amenazado: la vida espiritual alemana, la economía «y todas las otras instituciones que determinan la naturaleza, el carácter y la vida» del Estado. Hitler también recordó a su público, una vez más, que detrás del bolchevismo estaban los judíos. Presentó una imagen aterradora de la amenaza. Afirmó que los judíos —«una raza inferior en todos sus aspectos»— estaban resueltos a exterminar a «las clases intelectuales» de los pueblos a los que gobernaban. Estaban obligados a actuar así porque, de otro modo, serían derrotados por una «inteligencia superior». Como resumen de la cuestión, Hitler sostuvo

que en la Unión Soviética existía «un clan internacional de delincuencia judío-bolchevique, contrario a la civilización», que aspiraba a «dominar Alemania desde Moscú».¹⁵

Nótese que Hitler no afirmaba que era necesario invadir la Unión Soviética para que Alemania pudiera ampliar su territorio. Antes bien, sostenía que Alemania estaba amenazada por el deseo bolchevique de hacer realidad una «revolución mundial». Se presentaba a sí mismo como el profeta que advertía de la gravedad de una amenaza existencial. Era una posición astuta, desde el punto de vista táctico, dado su objetivo a largo plazo; pues de lo anterior se colegía, aunque fuera entre líneas, que para impedir que los bolcheviques llevaran a cabo sus planes expansionistas, Alemania tendría que tomar la iniciativa del ataque. De esta forma, los alemanes se apoderarían de todos los territorios que necesitaban en el este de Europa, pero no porque fueran imperialistas, sino como la consecuencia «involuntaria» de un acto de autodefensa.

Durante la década de 1930, Stalin no mantuvo con respecto a Hitler una actitud tan clara como la de este a la inversa. En julio de 1932, cuando faltaba menos de un año para que Hitler asumiera la cancillería, ordenó que el Partido Comunista de Alemania se centrara menos en la amenaza de los nazis que en los peligros que representaban los otros grupos socialistas alemanes. Un grupo de comunistas alemanes acudió a ver a Stalin para intentar convencerle de que cambiara de opinión, pero este quitó hierro a su inquietud pues, según le dijo a uno de ellos, Franz Neumann: «¿No te parece, Neumann, que si los nacionalistas llegan al poder en Alemania, estarán tan absorbidos con los temas occidentales que nosotros podremos seguir construyendo el socialismo en paz?».¹⁶

Al parecer, Stalin entendía que el ataque de los nazis contra los «criminales de noviembre» que habían firmado el odiado tratado de Versalles al concluir la primera guerra mundial —con homicidios a los que los nazis dieron mucha publicidad— significaba que Hitler se centraría en intentar modificar las condiciones tan exigentes de aquel acuerdo con las potencias occidentales. No iba muy desencaminado. Aunque el gran enemigo ideológico de Hitler siempre fue la Unión Soviética, a corto plazo consideraba más importante la relación de su país con Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Estos países habían sido los principales responsables de las onerosas reparaciones, las pérdidas territoriales y los

límites a la magnitud de las fuerzas armadas que con Versalles se le había impuesto a Alemania.

Esto no quiere decir que Stalin no estuviera al corriente de cuáles eran las intenciones de Hitler con respecto a la Unión Soviética. Había leído con atención *Mein Kampf*, subrayando los pasajes esenciales de su ejemplar personal con un lápiz de color.¹⁷ Pero sabía que, debido a la realidad geográfica, Hitler no representaba ninguna amenaza material directa, dado que había otros países —sobre todo, Polonia— que actuaban como una barrera intermedia entre Alemania y la Unión Soviética. Así pues, por mucho que Hitler ansiara ocupar territorios de «Rusia y sus Estados vasallos», en la práctica, ¿qué tenía que temer?

Por otro lado, la Unión Soviética de la época no aspiraba en verdad, en contra de lo que Hitler afirmaba, ni a «dominar Alemania» ni a provocar una «revolución mundial». Aunque resultaría simplista afirmar que Stalin había rechazado que los bolcheviques apoyaran las revoluciones de otros países, sin embargo, durante la década de 1930 mostró poco entusiasmo por este objetivo. Es cierto que no desmanteló la Komintern —la organización internacional de los grupos comunistas, que se había fundado en 1919—, pero como ya hemos visto en las instrucciones que dio a los comunistas alemanes en 1932, centraba su atención en aplastar a otros grupos de la izquierda que, a su modo de ver, amenazaban el experimento socialista soviético.

Solo en contadas ocasiones Stalin dio su aprobación a la implicación soviética en los conflictos exteriores. E incluso en estos casos, sus acciones no fueron directas. Así, por ejemplo, cuando envió dinero y armas a España para contribuir a la guerra contra el general Franco, siempre se interesó por la naturaleza exacta de los grupos a los que apoyaba. En particular, quería saber la respuesta a una cuestión esencial: ¿estaban a favor o en contra del hombre a quien él odiaba más que a nadie: León Trotski?

Stalin había logrado dejar fuera de juego a Trotski, otro revolucionario, durante la década de 1920. La personalidad carismática y la capacidad intelectual de Trotski no habían supuesto un rival de entidad para la paciencia y la astucia de Stalin. En 1929 le expulsó de la Unión Soviética, pero desde entonces Trotski no había dejado de causarle problemas. Desde el exilio, este —que a diferencia de Stalin tenía talento para la escritura— había estado criticando no solo las medidas adoptadas por Stalin, sino también al hombre en sí. Por encima de todo, Trotski lo

acusaba de haber traicionado a la revolución al negarse a seguir el llamamiento de la revolución mundial y, por el contrario, dedicarse a levantar en la Unión Soviética una estructura burocrática asfixiante que solo contribuía a reforzar la base de su poder personal. En consecuencia, pedía que se expulsara a Stalin del gobierno. En 1933 escribió que la «vanguardia proletaria» debía acabar «por la fuerza» con la burocracia estalinista, para que Stalin se viera obligado a cesar en su cargo.¹⁸ Cuatro años más tarde llegó más lejos y sostuvo, en una entrevista, que la única forma de apartar a Stalin —al que acusaba de haberse situado «por encima de toda crítica»— era asesinarlo.¹⁹ Aquel mismo año se publicó en inglés una obra suya tan polémica como devastadora: *The Stalin School of Falsification* (*La escuela de falsificación estalinista*). «Se puede manipular las citas, ocultar la transcripción estenográfica de los propios discursos, prohibir la circulación de los artículos y cartas de Lenin, fabricar por metros las citas seleccionadas sin honestidad —sostenía Trotski en la conclusión de un libro que ataca lo que, a su entender, era el intento de Stalin de reescribir la historia de la revolución—. Se puede suprimir, esconder y quemar los documentos históricos. Se puede hacer extensiva la censura incluso a los archivos fotográficos y cinematográficos de los hechos de la revolución. Y Stalin está haciendo todo esto. Pero los resultados no se corresponden ni se corresponderán con sus expectativas. Solo una mente limitada como la de Stalin puede imaginar que estas maquinaciones penosas harán que los hombres olviden los hechos colosales de la historia moderna.»²⁰ Por desgracia para Trotski, sin embargo, quien terminó por vencer en el conflicto fue el hombre de la «mente limitada». Después de que Stalin ordenara asesinarlo, un comunista español, Ramón Mercader, le atacó con un piolet en México, el 20 de agosto de 1940; Trotski falleció al día siguiente.

La verdad, aunque hoy nos pueda sorprender, es que durante la década de 1930 Stalin no temía tanto que en los demás países no llegara a estallar una revolución bolchevique como que sí lo hiciera pero triunfase la clase equivocada de revolución: una dirigida por «trotskistas». Esta inquietud explica en buena parte su conducta, porque la angustia que Trotski le causaba acentuaba su naturaleza inherentemente suspicaz. Se preguntaba qué trotskistas estaban actuando en secreto dentro de la Unión Soviética. Como veremos, la búsqueda de respuestas a tal pregunta acabó provocando, a instancias de Stalin, muchos millares de muertes sangrientas.

Este era el contexto en el que, en la primavera de 1939, Stalin pronunció un discurso de importancia en materia de política exterior. El 10 de marzo, en el XVIII Congreso del Partido, afirmó que, aunque fuera «increíble, lo cierto» era que «Estados no agresivos» como Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia habían realizado «una concesión tras otra» a los «Estados agresores» (en referencia a Alemania, Italia y Japón). Quizá esos Estados «no agresivos» buscaban apaciguar a sus rivales por el temor a que, en el caso de que hubiera otra guerra, en sus países pudiera estallar una revolución. A fin de cuentas, todos sabían que la revolución bolchevique de Rusia se había producido durante la «primera guerra mundial imperialista». Otra posibilidad era que esos Estados hubieran renunciado a la idea de la «seguridad colectiva» a favor de la «neutralidad»; pero esta orientación solo ayudaba a «los agresores en su acción nefanda».²¹

Stalin fue más allá y sugirió que los «Estados no agresivos» habían emprendido una campaña secreta contra la Unión Soviética. Señaló que habían dado una respuesta muy débil a las agresiones de Alemania contra Austria y Checoslovaquia y, al mismo tiempo, publicaban «mentiras» en su prensa sobre «la debilidad del ejército ruso» y «la desmoralización de la fuerza aérea rusa». De esta forma «incitaban a los alemanes a iniciar una marcha hacia el este, prometiéndoles adquisiciones fáciles e instándoles: “Vosotros empezad una guerra contra los bolcheviques y ya veréis que todo saldrá bien”».²² Es el discurso en el que Stalin pronunció la famosa frase según la cual los soviéticos no «permitirán que nuestro país se vea arrastrado a un conflicto por unos belicistas que están acostumbrados a que otros les saquen las castañas del fuego».²³

El discurso de Stalin inquietó a Winston Churchill, que aún no se había reincorporado al gobierno, y optó por preguntar al embajador soviético en Londres, Iván Maiski, si debía entender que Stalin no estaba dispuesto a «cooperar con las democracias». Maiski contestó que se trataba más bien de invitar a las democracias a estar «preparadas para luchar contra los agresores, pero con hechos, no con palabras».²⁴

Mientras tanto, Hitler realizaba una jugada decisiva, que puso de manifiesto sus verdaderas intenciones y su auténtica naturaleza. En marzo de 1939 dirigió el desmantelamiento de Checoslovaquia, creando un nuevo país en la zona oriental —Eslovaquia, que le quedaría subordinada— y enviando a tropas alemanas al territorio occidental, donde instauró el Protectorado de Bohemia y Moravia.

Esto fue de una suprema importancia, en parte por lo que había sucedido un año antes. En marzo de 1938, los alemanes habían invadido Austria y amenazado luego a Checoslovaquia. Para evitar que hubiera ya una guerra en Europa, Hitler tuvo que aparcar los planes de ocupar Checoslovaquia al completo y, después de la Conferencia de Múnich, de septiembre de aquel año, acordó ocupar tan solo la zona fronteriza de los Sudetes, donde los habitantes eran en su mayoría de etnia alemana. Este último aspecto era crucial porque en público, durante la década de 1930, Hitler había mantenido que tan solo buscaba reunir bajo sus dominios a todos los pueblos germanohablantes. En el ámbito internacional, esta posición fue acogida con cierta simpatía o, por lo menos, con poca disposición a entablar una guerra para impedirlo. En las palabras de sir Frank Roberts, del Foreign Office británico: «La opinión pública [de Gran Bretaña] no comprendería que nos aliáramos con Francia para entrar en guerra contra Alemania para impedir que en Europa los alemanes se reúnan con otros alemanes».²⁵

Esta actitud de despreocupación estaba a punto de cambiar cuando se constató que Hitler desmembraba el resto de Checoslovaquia. La forma en la que el Führer procedió con esto, en marzo de 1939, es muy reveladora no solo de la brutalidad con la que se sentía capaz de llevar a término su política exterior, sino también de la intensidad con la que despreciaba a las naciones más débiles. Era un desprecio que, como veremos, compartía con Stalin.

Eslovaquia, el territorio de la zona oriental, disponía de cierta autonomía desde los acuerdos de Múnich. Como primer ministro de la Región Autónoma Eslovaca se había elegido a un sacerdote católico, Jozef Tiso. Pero en los primeros días de marzo de 1939, el presidente checoslovaco, Emil Hácha, lo destituyó. Le preocupaba que los eslovacos, con Tiso a la cabeza, declarasen la independencia, según estaban intentando organizar los nazis. Pero Tiso no tuvo claro qué hacer hasta que se reunió con Hitler y escuchó sus amenazas. El Führer le dijo que pensaba entrar en el territorio sin tener en cuenta el criterio de los eslovacos; lo único que podían decidir era si preferían ser independientes o que los nazis accedieran a los deseos de anexión de los húngaros. Un mes antes, Herman Göring se había reunido con una delegación eslovaca y lo expresó con una claridad brutal: «¿Queréis ser independientes? ¿[O] dejo que los húngaros os invadan?».²⁶

El 14 de mayo, un día después de haber conocido las intenciones de Hitler de su propia boca, Tiso volvió a Bratislava y organizó una sesión

de crisis del Parlamento eslovaco. Uno de los políticos presentes, Martin Sokol, resumió así la atmósfera de tensión: «La verdad es que nadie quería asumir aquella responsabilidad ante la historia [declarar la independencia], porque sabíamos [...] qué iba a pasar con Eslovaquia por la tarde». ²⁷ Aun así, los eslovacos resolvieron que, en aquellas circunstancias, el paso menos peligroso era proclamar la independencia, y crearon de inmediato un Estado propio.

Avanzada la tarde de aquel mismo día, el martes 14 de mayo, el presidente checoslovaco llegó a Berlín para entrevistarse con Hitler. Pero aquel encuentro no fue tanto una conversación entre estadistas como un ejercicio de humillación ritual. En primer lugar, Hitler hizo esperar a Hácha mucho rato, pese a que el presidente checo, a sus sesenta y seis años, estaba enfermo y cansado por el largo viaje desde Praga. Hitler tenía otra cuestión más urgente entre manos: mirar una comedia romántica, la titulada *Ein hoffnungsloser Fall* («Un caso desesperado»). Solo encontró el tiempo de verse con Hácha hacia la una de la madrugada, en lo que dio paso enseguida a una diatriba colérica. La única forma de proteger el Reich —dijo el Führer— pasaba porque Alemania ocupara de inmediato el territorio checo. Si Hácha no se apresuraba a llamar a Praga para ordenar que las fuerzas armadas no ofrecieran resistencia a la invasión, habría un baño de sangre. Göring, que también asistía a la reunión, añadió que sus aviones estaban preparados para bombardear Praga a primera hora de la mañana. En este punto, Hácha se derrumbó.

Manfred von Schröder, un joven diplomático alemán, describió así lo que sucedió a continuación: «Necesitábamos un médico, y esa era mi tarea [...] estaba por allí el famoso profesor Morell [médico personal de Hitler], así que le llamé, vino y le puso una inyección. Luego la gente dijo que le había inyectado algo para que hiciera todo lo que Hitler quería, pero creo que le puso una inyección de lo más normal, en el brazo [...] [Cuando se recuperó,] Hácha volvió y firmó la rendición de Checoslovaquia». ²⁸

Después de que Hácha se marchara, destrozado por los acontecimientos de aquella noche, Hitler le dijo a su personal de secretaría: «Este es el día más feliz de mi vida. Nuestra aspiración, infructuosa durante siglos, yo he tenido la suerte de hacerla realidad. He logrado unir Chequia con el Reich. Hácha ha firmado el acuerdo. Pasaré a la historia como el más magnífico de los alemanes». ²⁹

Hitler había logrado pasar «el día más feliz de mi vida» gracias al acoso implacable. Creía que en la «lucha eterna» de la vida no había problema alguno en que un país grande y poderoso obligara a un país vecino pequeño, que no parecía tener amigos, a acatar su voluntad. Era una realidad política y geográfica muy cruda, que Stalin comprendía exactamente del mismo modo.

Sin embargo, la ocupación de Chequia y la creación de un Estado vasallo de los nazis en Eslovaquia le generaba un problema. Era evidente que había quebrantado la promesa que había hecho tan solo un año antes, según la cual los Sudetes serían su «última exigencia territorial». Y como tampoco cabía duda de que en Checoslovaquia había una mayoría de personas que no se consideraban a sí mismas alemanas, se demostraba igualmente que había mentido al afirmar que tan solo quería reunir bajo los mismos dominios a los pueblos germanohablantes.

Sir Alexander Cadogan, del Foreign Office, escribió en su diario, el 20 de marzo de 1939, que «hemos llegado a la encrucijada». Mientras Hitler se limitaba a hacerse con territorios poblados por personas de lengua alemana, los británicos «podían fingir que tenía una justificación»; pero si «seguía engullendo otras nacionalidades, había llegado el momento de gritar: “*Halt!*” [“¡Alto!”]». ³⁰

La iniciativa de Hitler resultó especialmente dañina para el primer ministro británico, Neville Chamberlain. No solo había suscrito los acuerdos de Múnich —ahora obviamente incumplidos—, sino que, con una valoración tremendamente desacertada de la situación, unos pocos días antes de que los tanques nazis entrasen en Praga había dicho a la prensa: «La situación exterior es menos inquietante y actualmente no hay tanto temor a que se produzcan novedades desagradables». ³¹

Después de la rápida anexión nazi del territorio checo, Chamberlain creía que no había forma de restaurar la independencia de este país. Ahora se trataba de impedir una futura expansión alemana, en especial en Polonia. Hitler llevaba varios años afirmando su deseo de recuperar los dominios cedidos a este país a consecuencia de Versalles. Por eso Chamberlain, con el afán de enviar una señal internacional clara, dijo ante la Cámara de los Comunes el 31 de marzo: «Si se produjera cualquier acción que amenazara de forma clara la independencia de Polonia, ante la cual, en consecuencia, el gobierno polaco considerase esencial resistirse con sus fuerzas nacionales, el gobierno de Su Majestad se sen-

tiría obligado de inmediato a prestar al gobierno polaco todo el apoyo posible».³²

El parlamentario laborista Arthur Greenwood le preguntó a Chamberlain si intentaría que otros países, pero principalmente la Unión Soviética, «se sumaran a este acuerdo», es decir, a garantizar la seguridad de Polonia. Chamberlain contestó que lord Halifax, el secretario de Exteriores, «se ha reunido con el embajador soviético esta mañana» y «no me cabe duda de que los principios que rigen nuestra actuación son objeto de la plena comprensión y aprecio de ese gobierno».³³ La respuesta distaba de ser sincera.

Iván Maiski, el embajador soviético, anotó en su diario detalles del encuentro con lord Halifax aquella mañana. Escribió que este le había entregado una copia de la afirmación de Chamberlain y había preguntado si se autorizaba al gobierno británico a afirmar, al cabo de unas horas, que contaban con la aprobación soviética. Maiski contestó que, dado que era la primera noticia del documento, y que obviamente su gobierno no había podido leer aún la declaración, «en tales circunstancias», ¿cómo iba a resultar posible afirmar que la Unión Soviética aprobaba esas palabras? Halifax quedó «avergonzado» y concedió: «Quizá tenga usted razón».³⁴

La brusquedad con la que Halifax trató a los soviéticos pone de manifiesto que los británicos miraban con muchas reservas a Stalin y a su régimen. Ante el gabinete, Chamberlain había expuesto sus sentimientos con franqueza, y el 5 de abril admitió que «sentía una desconfianza muy considerable hacia Rusia, pues no creo que este país nos vaya a proporcionar un apoyo activo y sostenido».³⁵ Por otro lado, le parecía «lamentable» que alguien creyera en la necesidad de «contar con Rusia como clave para nuestra salvación».³⁶

Resulta fácil imaginar por qué algunos miembros de la clase gobernante británica, incluidos Chamberlain y Halifax, tenían esta clase de sentimientos. Eran conscientes de cómo los bolcheviques habían asesinado a la familia imperial rusa después de acceder al poder. La clase alta y la familia real británicas podían contar con la certeza de que, si en su país se producía una revolución comunista, recibirían este mismo trato. Para empezar, ¿acaso los bolcheviques no habían afirmado que querían toda una «revolución mundial», difundida mucho más allá de sus propias fronteras?

Por otro lado, corrían tiempos desesperados y la amenaza más inmediata no procedía de la Unión Soviética, sino de Alemania. En conse-

cuencia, británicos y franceses plantearon que Stalin ofreciese a Polonia unas garantías similares a las que ellos acababan de prometer. El 17 de abril, los soviéticos contestaron proponiendo una alianza militar de gran alcance entre Gran Bretaña, Francia y la URSS. Sugirieron no solo que cada uno apoyaría a los otros dos, en caso de ser atacados, sino que los tres países se comprometían a ayudar igualmente, en caso de invasión, a los Estados de la Europa oriental fronterizos con la Unión Soviética.

La idea despertó las sospechas inmediatas de los británicos. «Debemos sopesar las ventajas de un compromiso firmado por Rusia —escribió Cadogan en un documento de asesoría de aquellas fechas— frente a las desventajas de habernos asociado abiertamente con los rusos. Las ventajas son, por decirlo suavemente, problemáticas.» La alianza propuesta resultaba a todas luces «problemática» para los británicos, porque, como escribió el mismo Cadogan: ¿cómo podían los soviéticos «cumplir con esta obligación sin que sus tropas o sus aviones atravesasen el territorio polaco? Y esto es exactamente lo que los polacos temen».³⁷ Lord Halifax fue aún más crudo a la hora de expresar la reticencia de los polacos: «Un conejo inteligente, por descontado, no daría la bienvenida a un animal que decuplica su tamaño y es famoso por los hábitos de *boa constrictor*».³⁸

Esta preocupación ante una posible incursión soviética en el territorio polaco no se disipó durante los siguientes meses de debate. ¿Podría haber sido de otra manera, de hecho? ¿Cabía esperar que los polacos creyeran que los soviéticos, después de entrar en el país para combatir con los alemanes, acabarían marchándose sin más (menos aún, cuando veinte años antes los polacos ya habían librado una guerra muy dura con el régimen bolchevique por cuestiones territoriales)? La cuestión se complicó más aún cuando los británicos hicieron extensivas sus garantías a otros dos países: Rumanía y Grecia. También sería necesario consultarles a ellos al respecto de la posibilidad de que los soviéticos acudieran en su ayuda.

Además, los británicos no parecían pensar que las fuerzas armadas soviéticas fueran especialmente capaces. En abril de 1939, un informe de los jefes del Estado Mayor británico concluyó que aunque el Ejército Rojo era sin duda muy numeroso, su estructura y su liderazgo adolecían de muchas deficiencias. Chamberlain estaba de acuerdo con esta valoración; en su opinión, «en el presente, las fuerzas de combate rusas poseen un valor militar escaso, para los fines de una ofensiva».³⁹

Esto no era todo, sin embargo. A pesar de los problemas que veían en el Ejército Rojo, los jefes del Estado Mayor británico creían que, a tenor de sus dimensiones, las fuerzas armadas soviéticas sí ofrecían una ventaja: comportaban que, «incluso si la guerra iba tan mal para los Aliados que se perdían Polonia y Rumania [*sic*], aun así los rusos seguirían conteniendo en ese frente oriental a una parte muy grande de las tropas alemanas». De forma profética, los jefes del Estado Mayor también anticiparon uno de los principales riesgos de no llegar a un pacto con la Unión Soviética: «Quizá deberíamos prestar atención al peligro militar, muy grave, que supondría un posible acuerdo entre Alemania y Rusia».⁴⁰

Entre tanto, la naturaleza suspicaz de Stalin le llevaba a seguir viendo posibles conspiraciones por todas partes. ¿Y si británicos y franceses estaban conjurados para hacer que los soviéticos combatieran en solitario contra los alemanes? Desde un punto de vista pragmático, ¿acaso no sería esta la consecuencia de cualquier posible alianza de los soviéticos con Gran Bretaña y Francia, dado que en el campo de batalla los soviéticos eran los únicos que podían ofrecer ayuda inmediata a los polacos? A fin de cuentas, Gran Bretaña y Francia, por muy relucientes que fueran sus promesas de ayuda a los polacos, no podrían hacer nada más que contemplar el avance de la Wehrmacht, si esta decidía marchar sobre Varsovia. Peor aún, ¿y si británicos y franceses habían establecido alguna clase de pacto secreto con los alemanes, que dejaría a Hitler con la libertad de atacar Polonia y, a partir de aquí, a la Unión Soviética, desde su nueva posición fronteriza con la URSS? ¿Acaso en Múnich Chamberlain no se había mostrado más que dispuesto a contemporizar con Hitler? ¿Por qué no iba a hacer lo mismo otra vez?

Todo esto dificulta mucho —o incluso imposibilita— saber cuáles fueron las intenciones precisas de Stalin cuando propuso una alianza militar con Gran Bretaña y Francia. Sin duda se había dado cuenta de que el problema polaco era insoluble. Lo más probable es que simplemente quisiera mantener todas las puertas abiertas. No quería «sacarles las castañas del fuego» a los británicos y franceses, pero al mismo tiempo no deseaba acabar aislado.

En cuanto a los británicos, no tenían claro qué hacer. Un grupo seguía sin confiar lo más mínimo en Stalin. Sir Alexander Cadogan, del Foreign Office, llegó a calificar de «maliciosa» la propuesta estalinista de una alianza militar.⁴¹ Chamberlain también sospechaba de los soviéticos. De haber dependido de él, los acuerdos con Stalin habrían sido mí-

nimos. No solo consideraba que «Rusia» era «un amigo muy poco fiable», sino que guardaba muy presente el recuerdo de la carrera previa a la primera guerra mundial, y temía que, si se empezaban a crear bloques de alianzas, como había sucedido en 1914, esto contribuiría más a precipitar un conflicto que a impedirlo.⁴²

Pero otros miembros del gabinete estaban en desacuerdo con el primer ministro y, poco a poco, su perspectiva se volvió mayoritaria. Para ellos, los riesgos de una Unión Soviética neutral o —peor aún— una Unión Soviética aliada con Hitler eran muy superiores a las dificultades para alcanzar un acuerdo. En consecuencia, a finales de mayo, los británicos decidieron pactar con el dictador soviético. Se trató de una decisión muy relevante, sobre la que quiero hacer hincapié no tanto porque los británicos hubieran cambiado de opinión (cuando en un principio habían rechazado la propuesta estalinista de una alianza militar), como porque pone de manifiesto una diferencia fundamental entre las democracias y las dictaduras. Hitler y Stalin adoptaron en solitario las grandes decisiones de la política exterior nacional. Aunque no lo hicieran en un aislamiento rigurosamente absoluto —siempre tuvieron que tomar en consideración tanto las diversas facciones de su entorno como, hasta cierto punto, la opinión pública en general—, a la postre el camino lo determinaron ellos. Como se verá, en 1939 fue Hitler —Hitler en solitario— quien decidió que Alemania debía invadir Polonia en septiembre. Y fue Stalin —Stalin en solitario— quien decidió pactar con la Alemania nazi. En cambio, en mayo de 1939, cuando Chamberlain accedió a estudiar un posible acuerdo con la Unión Soviética, lo hizo en contra de sus convicciones personales. A diferencia de los dos dictadores, él debía responder ante sus colegas, y por eso Gran Bretaña emprendió una vía que a su primer ministro le disgustaba.

Las conversaciones de británicos y soviéticos prosiguieron durante las semanas siguientes, hasta que, a finales de julio, se decidió enviar una misión militar a Moscú. Si en principio el embajador soviético, Maiski, pensó que se trataba de una novedad «de suma importancia», sin embargo, la visita de los miembros de la delegación británica, que acudieron a almorzar a la embajada soviética antes de partir hacia la URSS, le causó una «notable alarma». El jefe de la misión, que exhibía el compuestísimo y cuatriguionado nombre de sir Reginald Aylmer Ranfurly Plunkett-Ernlé-Erle-Drax, le dijo a Maiski que habían decidido no desplazarse en avión hasta Moscú porque este aparato les resultaba «incómodo» y

llevaban «mucho equipaje». Maiski calificó de «increíble» la noticia de que la delegación viajaría hacia la Unión Soviética con toda la morosidad de un carguero de vapor. «Pero el gobierno británico, ¿tiene de verdad interés en un acuerdo?», se preguntaba.⁴³

Al mismo tiempo que los británicos preparaban su cachazuda misión a Moscú, se veían los primeros indicios de que los alemanes podían estar sopesando la posibilidad de pactar con la URSS. El 26 de julio, una semana antes de que el inútil almirante Drax y su equipo almorzaran en la embajada soviética, funcionarios alemanes y soviéticos se reunieron en Berlín so guisa de negociaciones comerciales. A continuación, el 2 de agosto, Joachim von Ribbentrop, el ministro de Exteriores alemán, estudió una «remodelación» de las «relaciones germano-soviéticas» con el diplomático soviético Gueorgui Astájov. Ribbentrop llegó a afirmar que «del mar Báltico al mar Negro, no había problema que no pudiera resolverse de forma satisfactoria para los dos».⁴⁴

A diferencia de los británicos, los alemanes actuaron con celeridad para buscar el acuerdo con los soviéticos. A este respecto fue crucial que Ribbentrop lo defendiera con entusiasmo. Según Malcolm Christie, un agente británico con la graduación militar de «capitán de grupo», hacía varios años que Ribbentrop ansiaba forjar una alianza entre Alemania, Italia, Japón y la Unión Soviética.⁴⁵ Ahora bien, Ribbentrop era servil para con Hitler, y nunca habría avanzado en las conversaciones con los soviéticos de no haber recibido antes la bendición de su Führer.

En un discurso del 28 de abril de 1939, Hitler había dado indicios de cuál sería su actitud, no tanto por lo que dijo en aquella ocasión, sino por lo que no dijo. Pese a que se ocupó de una gran diversidad de temas con relevancia internacional, apenas hizo alusión al odio a los «bolcheviques», al que tanta publicidad había dado.⁴⁶ En su lugar hizo hincapié en el deseo de una «estrecha amistad y cooperación angloalemana». También declaró creer en «la importancia de la existencia del Imperio Británico»; por mucho que, «con suma frecuencia», los británicos hubieran recurrido a «la violencia más brutal» para crearlo, a la vez reconocía que «soy consciente, no obstante, de que los imperios nunca han surgido de otro modo».⁴⁷ En todo caso, debido a determinadas acciones recientes de los británicos, se había visto «obligado» a llegar a la conclusión de que «Gran

Bretaña siempre opondrá resistencia contra Alemania», algo que lamentaba «profundamente».⁴⁸

Fue el mismo discurso en el que Hitler dio una réplica tristemente famosa al presidente Roosevelt, quien le había pedido que declarase que Alemania no tenía intención de atacar a toda una serie detallada de países. Fue una contestación de tono especialmente hiriente y sarcástico. Ridiculizó el intento de mediación de Roosevelt y denunció la hipocresía del presidente norteamericano, pues «tan solo desde 1918, se cuentan seis casos de intervención militar de Estados Unidos».⁴⁹

Este discurso marcó un punto de inflexión en las relaciones de Alemania y Estados Unidos. Desde que, en la primavera de 1938, Roosevelt había tomado la iniciativa de organizar una conferencia sobre la difícil situación de los judíos en Austria y Alemania (que se celebró en efecto en Évian pocos meses más tarde), Hitler entendía que el coloso americano representaba una amenaza cada vez más directa. No le importó gran cosa que la Conferencia de Évian resultase inoperante y hubiera servido de ayuda a un número muy escaso de judíos; aun así, el acto reforzó la convicción hitleriana de que el resto del mundo actuaba con hipocresía en la «cuestión judía». Lo esencial, a juicio del Führer, era que Roosevelt había mostrado simpatía por los judíos. Desde los primeros discursos de los primeros años de la década de 1920, Hitler había afirmado que los judíos eran tan ladinos que intentaban controlar al mismo tiempo el bolchevismo y el capitalismo. La iniciativa de Évian era la confirmación —pensaba— de que el líder del mayor de los Estados capitalistas se estaba rindiendo a la voluntad de los judíos.

Sin embargo, la realidad ideológica fundamental persistía. Hitler avanzaba hacia la que, para él, era la guerra equivocada. Llevaba años pretendiendo una alianza con Gran Bretaña, y los elogios que dedicó al Imperio Británico en el discurso de abril de 1939 demostraban que entonces aún seguía admirando mucho a los británicos. Pero estos lo habían rechazado. En consecuencia, se veía obligado a alcanzar un acuerdo con un país que siempre había deseado invadir y, a la inversa, se sentía obligado a combatir contra otro país cuya amistad habría querido. No puede decirse que fuera un triunfo en materia de política exterior. Aun así, puso de manifiesto una verdad central sobre la agudeza política de Hitler. Era capaz de formar una visión a largo plazo —en este caso, el deseo de crear un imperio en la Unión Soviética— y podía responder con celeridad a las crisis de corto plazo; aquí, la necesidad de proteger el

flanco oriental para no tener que librar una guerra en dos frentes. Lo que ya escapaba a su capacidad era enlazar las respuestas a corto plazo con la visión a largo plazo. Carecía de este terreno intermedio de coherencia; el resultado fue la confusión que generó en muchos de sus partidarios.

En cuanto a Stalin, en agosto de 1939 parecía hallarse en una posición particularmente sólida, pues le cortejaban tanto británicos como alemanes. Pero esta fortaleza era, en buena medida, ilusoria. Había dudas, por ejemplo, sobre la verdadera seriedad de la misión moscovita de británicos y franceses.⁵⁰ Los miembros de la delegación no llegaron a la capital soviética hasta el 11 de agosto, y tampoco entonces mostraron una especial urgencia en el intento de llegar a un acuerdo. No fue casual. Se había pedido al almirante Drax que «procediera con lentitud y cautela». Más aún, según confirmó el propio Drax, Chamberlain ni siquiera deseaba que se llegara de veras a un acercamiento con Stalin.⁵¹

Las ambiciones políticas de Hitler, a diferencia de las del primer ministro británico, requerían que el pacto fuera rápido. Quería asaltar Polonia antes de las lluvias de otoño, y un acuerdo con Stalin aseguraría la frontera oriental con posterioridad a la destrucción de Polonia. El 11 de agosto —el mismo día que Drax llegó a Moscú—, el conde Ciano, ministro de Exteriores de Italia, se reunió con Ribbentrop. «La decisión de ir a la guerra es ineludible —apuntó Ciano—. [Ribbentrop] rechaza toda solución que pudiera satisfacer a Alemania sin necesidad de combatir.»⁵² Al día siguiente, Hitler le dijo a Ciano que «la gran guerra se debe librar mientras él y el Duce son todavía jóvenes».⁵³

Sin embargo, Hitler se sentía frustrado por la necesidad de buscar un pacto con Stalin para poder atacar Polonia. El día anterior a la reunión con Ciano, o sea, el 10 de agosto, Hitler habló con Carl Burckhardt, comisionado de la Sociedad de las Naciones en Danzig, y le dijo: «Todo lo que hago se dirige contra Rusia; si en el Oeste son tan estúpidos y ciegos como para no entenderlo, me veré obligado a llegar a un acuerdo con los rusos, aplastar a las naciones occidentales y regresar contra la Unión Soviética con todas las fuerzas reunidas. Necesito Ucrania para que nadie pueda sacarnos de la guerra por medio del hambre, como en la pasada contienda».⁵⁴ En lo que respectaba a la ideología, por tanto, Hitler no había perdido la coherencia habitual.

El 22 de agosto, Hitler se reunió con sus comandantes militares en la casa de Berchtesgaden, en los Alpes bávaros, para transmitirles su entusiasmo con la guerra que se avecinaba. El contraste entre este encuentro

y las conversaciones que se produjeron al día siguiente en el Kremlin, con la participación de Ribbentrop y Stalin, es muy revelador. Tanto Hitler como Stalin, en sus reuniones respectivas, pusieron de manifiesto aspectos característicos de su personalidad. En el discurso a sus generales, Hitler se mostró especialmente jactancioso y obsesionado consigo mismo. Al principio anunció que «en lo esencial todo depende de mí, de mi existencia, por mi talento político», aun reconociendo que podía ser «asesinado en cualquier momento por un criminal o un lunático». Más adelante recordó a su público que «nadie puede decir cuánto tiempo viviré. Lo mejor, por lo tanto, es que haya un enfrentamiento ahora». El episodio es significativo: nos permite ver la magnitud de su ego, tan excesivo, pues Hitler estaba afirmando que entre las razones para llevar a millones de personas a la guerra se incluía la preocupación por su propia longevidad.

Otro factor importante —sostuvo— era la capacidad de otros países de plantar cara a Alemania. En aquel momento se daban unas «circunstancias favorables» que no cabía contar que «siguieran vigentes dentro de dos o tres años». Hizo hincapié en que «para nosotros resulta fácil decidir: no tenemos nada que perder, y lo podemos ganar todo». Pero también advirtió: «Nos enfrentamos a la cruda alternativa de o atacar o (más tarde o más temprano) sufrir una aniquilación segura». Esta última frase es un ejemplo típico de cómo solía estructurar sus argumentos. Una de sus tácticas retóricas más habituales consistía en plantear una alternativa dramática, un «o... o...» con dos posibilidades excluyentes y siempre extremas.

La idea de que Alemania se dirigía a la «aniquilación» si no atacaba a Polonia era hiperbólica hasta el extremo de lo grotesco. Aunque era evidente que la economía se acercaba a un momento de crisis, tal situación la había generado el propio Hitler al exigir que el dinero se centrara en el armamento, y no en los productos de consumo. Tal vez estaba pensando más bien en la propia «aniquilación», y no tanto en la de su país. Como cualquier mortal, obviamente en algún punto del futuro se produciría su «aniquilación» material, y le angustiaba la idea de morir antes de que se hubiera hecho realidad el gran imperio que ansiaba instaurar en el Este.

Paradójicamente, lo que más temor causaba a Hitler en aquel preciso momento no era que estallara la guerra, sino que se impusiera la paz. «Lo único que temo —dijo, a todas luces con la mente puesta en los acuerdos de Múnich, del año anterior— es que en algún momento algún cerdo me vuelva a proponer un plan de mediación.»⁵⁵

Más adelante, aquel mismo día, insistió en que Alemania estaba envuelta en una «guerra a vida o muerte» y que «un período de paz no nos aportará nada bueno». También admitió abiertamente que daría una razón falsa («de propaganda») para justificar el hecho de «empezar la guerra», aprovechando que «*a posteriori*, al vencedor no le preguntarán si había dicho la verdad o no». Acabó el discurso recalcando ante su público la necesidad de «cerrar el corazón a la piedad» y «actuar con brutalidad». ⁵⁶

Se ha tendido a defender que la actitud de Hitler para con la naturaleza de la guerra se transformó cuando tomó la decisión de invadir la Unión Soviética en 1941, un conflicto que calificó abiertamente de «guerra de exterminio». Pero en el discurso de agosto de 1939 ya se pone de manifiesto el mismo carácter sanguinario. Desde el primer momento de la guerra, Hitler pedía a sus generales «actuar con brutalidad» y dejar de lado los conceptos tradicionales de la caballeridad y el honor.

Al día siguiente, el miércoles 23 de agosto de 1939, Joachim von Ribbentrop se reunió en el Kremlin con Stalin y Viacheslav Mólotov, el ministro de Exteriores soviético. Desde el principio, el dictador soviético se mostró pragmático y cínico. Cuando Ribbentrop, al iniciarse el encuentro, propuso que el Pacto de No Agresión se mantuviera por un siglo, Stalin contestó: «Si acordamos cien años, la gente se reirá de nosotros por nuestra falta de seriedad. Propongo que el acuerdo dure diez años». ⁵⁷

Stalin no hablaba recurriendo a máximas seudofilosóficas, como sí hacía Hitler a menudo; prefería expresarse en términos puramente prácticos. La conversación con Ribbentrop, por lo tanto, se centró con rapidez en un análisis de las respectivas «esferas de intereses». Sin haber definido exactamente el significado de este sintagma, Stalin, Mólotov y Ribbentrop se repartieron con alegría amplias extensiones de la Europa que mediaba entre los dos países. Solo discreparon en la materia de Letonia. Ribbentrop defendía que Alemania mantuviera una parte del país dentro de su propia «esfera de intereses», pero Stalin la quería toda para sí. Después de haber llamado por teléfono a Hitler, que seguía en Berchtesgaden, y de que este accediera a la petición de Stalin, el acuerdo quedó cerrado. Hay que destacar el hecho de que, aunque los alemanes todavía no habían invadido Polonia —Ribbentrop solo había apuntado la posibilidad, al afirmar que «el Führer está resuelto a solucionar sin demora las disputas germano-polacas»—, hubo consenso en que la parte

oriental de Polonia caía dentro de la «esfera de influencia» soviética. Pese a la vaguedad del concepto, y de que no se mencionó explícitamente ningún plan nazi de invasión de Polonia, en aquella sala todos sabían de qué se estaba hablando. Cada parte había elegido qué países dominaría. La forma exacta que este dominio adquiriera se consideraba secundaria. Lo esencial era que las dos naciones más poderosas de la región habían acordado, antes de iniciar aún ninguna operación militar, cómo se dividirían el botín. La mentalidad gansteril de los dos dictadores no podía haber quedado más de manifiesto.

Una vez cerrados los temas, le presentaron a Stalin un borrador de la nota con la que se darían a conocer las conversaciones ante el mundo. Al leer las expresiones grandilocuentes con las que se describía la nueva relación entre Alemania y la URSS, el líder soviético no pudo sino objetar, por lo que le pidió a Ribbentrop «prestar algo más de atención a la opinión pública de nuestros países». A fin de cuentas, recordó Stalin, los propagandistas respectivos llevaban «muchos años» denigrando al otro y en cambio: «¿Ahora de pronto pretendemos hacer creer a nuestros pueblos que todo ha quedado perdonado y olvidado? Las cosas no van tan rápido». Tras los comentarios de Stalin, el lenguaje de la nota de prensa se suavizó.⁵⁸

Luego hubo una celebración, casi una fiesta. Stalin fue paseando por la sala haciendo chocar las copas con miembros de la delegación alemana, e incluso brindó a la salud de Hitler. Cuando, en las primeras horas del 24 de agosto, se permitió que los fotógrafos inmortalizaran la firma del pacto, Stalin pidió «que antes se quiten de en medio las botellas vacías, porque de lo contrario la gente pensará que primero hemos bebido de más y por eso después hemos firmado el acuerdo». ⁵⁹ Al parecer, el líder soviético se divertía con la falta de congruencia de aquella ocasión. «Brindemos por el nuevo antikominternista: ¡por Stalin!», exclamó, por ejemplo, en el curso de la celebración.⁶⁰

Stalin era plenamente consciente del cinismo de aquella solución. Sabía que el abismo ideológico que separaba a los dos bandos se había cruzado únicamente por el estrecho puente del propio interés. En cuanto los alemanes se marcharon del Kremlin, le dijo a Nikita Jrushchov, a la sazón presidente del Partido Comunista en Ucrania, que «está en marcha un juego en el que se verá quién es más hábil y astuto a la hora de engañar al otro». Según Jrushchov, Stalin estaba de «muy buen humor» y no le había pasado por alto que Hitler pretendía «timar» a la Unión Soviética.⁶¹

Hubo un claro contraste entre la forma en que Stalin dirigió las negociaciones con Ribbentrop, por un lado, y por otro el jactancioso discurso que el día antes había pronunciado Hitler en Berchtesgaden. Mientras que Hitler alzó la voz en tono de vanagloria, Stalin se mostró observador y tranquilo. Mientras que Hitler se jactó de su propia importancia, Stalin tuvo el cuidado de incluir a Mólotov en la reunión para dar la falsa impresión de que en el Estado soviético las decisiones se tomaban de una forma colectiva. Mientras que Hitler predicó su visión ideológica, Stalin negoció aspectos prácticos. Estuvo dispuesto incluso a reírse de sí mismo, algo que Hitler nunca hizo.

Aunque en un principio el Pacto de No Agresión de nazis y soviéticos asombró al mundo, las ventajas inmediatas, para uno y otro bando, saltaban a la vista. Hitler había logrado asegurarse de que Alemania no quedaba atrapada entre la Unión Soviética por el Este y Gran Bretaña y Francia por el Oeste. Por su parte, Stalin había logrado el objetivo de quedar al margen y contemplar cómo Hitler y los otros Estados occidentales se debilitaban mutuamente en una guerra; además, gracias al protocolo secreto del pacto, contaba con la posibilidad de ampliar sus dominios territoriales con un coste militar nulo o por lo menos muy reducido.

Siempre había resultado sumamente improbable que la Unión Soviética, en vez de pactar con los nazis, hubiera llegado a un acuerdo con las potencias occidentales. Así lo aseguraba el tema del acceso del Ejército Rojo a Polonia, en el caso de una invasión alemana. Pero los británicos, y Chamberlain en particular, también contribuyeron a anular toda posibilidad de un tratado militar anglo-franco-soviético. En cuanto a Hitler, ni siquiera entonces descartó del todo la idea de un convenio con los británicos. El 25 de agosto, un día después de firmar el pacto con los soviéticos, se reunió con el embajador británico en Berlín, sir Neville Henderson, y planteó una última propuesta de paz. Exigía la resolución inmediata del «problema germano-polaco» y, con posterioridad, ofrecía la perspectiva de una alianza general con Gran Bretaña.

Los británicos nunca habrían aceptado estas condiciones, dado que la única manera de solventar el «problema germano-polaco» a satisfacción de Hitler requería que Polonia capitulase y entregase voluntariamente una parte de su territorio. Aun así, el hecho de que el 25 de agosto

se produjera tal reunión demuestra una vez más que, idealmente, Hitler aspiraba a aliarse con los británicos. «No hay exageración en afirmar que cortejó a Gran Bretaña de forma asidua —escribió Henderson a propósito de Hitler—, por ser la representación tanto de la aristocracia como de la más exitosa de las razas nórdicas, y constituir el único obstáculo verdaderamente peligroso para su ambicioso plan de una dominación alemana de Europa.»⁶²

Así las cosas, como los británicos nunca habrían accedido a participar en tal clase de alianza con Hitler, no era de extrañar que este hubiera pactado con Stalin. Los gobiernos soviético y nazi se diferenciaban claramente en sus objetivos ideológicos y políticos, sin duda; pero en los mecanismos prácticos de la opresión, estaban muy cerca uno del otro. Aunque Hitler no comprendiera por qué sir Nevile Henderson no actuaba de acuerdo con los intereses británicos (o su concepto personal de estos) e invalidaba los acuerdos suscritos con Estados más débiles, Ribbentrop se sintió muy próximo a Stalin en su reunión moscovita con el dictador soviético. Cuando se sentaron a hablar, constataron que les resultaba fácil entenderse e incluso fingir una mutua amistad.